

HACIA UN CRISTIANISMO DE ENCARNACIÓN:  
LA EXPRESIÓN PERFECTA DE LA RELIGIÓN  
Edgardo Rosado, PhD, Nazarene Bible College

*Introducción*

En el primer capítulo de la Epístola Universal de Santiago, el autor destaca que aquellos que se consideran “religiosos” están llamados a vivir una religión que se tiene que ver expresada de formas que demuestren que su existencia o razón de ser va más allá de conceptos superlativos, de pensamientos filosóficos y de constructos moralistas que nunca inciden con las necesidades reales de las personas que se encuentran sufriendo en el tiempo presente y en nuestra localización geográfica. Santiago insiste que la perfecta religión (i.e. aquello que Jesús requiere de cada uno de nosotros sus siervos) es aquella que actualiza una verdadera encarnación del comportamiento y del amor de Jesús al “*atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones*” y al procurar atajar la “*corrupción de este mundo*” mediante una búsqueda constante de la perfección que se obtiene a través de la obra redentora, santificadora y vivificadora de Jesucristo (Santiago 1:27).<sup>1</sup> Jack Jackson afirma que la creación de los Clubes Santos y de los demás instrumentos del metodismo del siglo XVIII estaba relacionada, al menos en parte, con el deseo de sus miembros de enfocarse en establecer prácticas centradas en el aliento mutuo, en una vida devocional de oración y de estudio de las Sagradas Escrituras y en un deseo profundo por encarnar a Cristo en su contexto social mediante una praxis cristiana que incluía el visitar a los necesitados que se encontraban enfermos o en prisión y en ayudar a los pobres y los menesterosos.<sup>2</sup>

En su alocución, Wesley sostiene que la verdadera religión es aquella que encarna la presencia de Cristo como instrumento para transformar la vida de nuestro prójimo (i.e. transformar la vida de todos los miembros constitutivos de la sociedad) y, eventualmente, transformar el entorno social en el que vivimos. Por consiguiente, el cristianismo no puede subsistir en aislamiento, porque una de las “*ramas fundamentales de la religión de Jesucristo*” está relacionada con establecer la paz y la santidad mediante nuestra “*vida y conversación*” con los demás “*hombres*”.<sup>3</sup> Esto implica que, para el verdadero siervo y sierva de Cristo, el desligarse de todas las expresiones de misericordia, de la santidad y del amor divino se hace imposible ya que éstas vienen a convertirse en el medio primario a través del cual encarnamos a Cristo de maneras reales y tangibles conducentes hacia la transformación de nuestro entorno social.

En su sermón número ochenta y cinco, sermón titulado “*On Working out Our Own Salvation*” (i.e. En ocuparnos en nuestra propia salvación), Wesley propone que ningún seguidor de Jesucristo tiene excusas válidas para no cumplir con los requerimientos de Jesucristo, ya que la obra que Dios efectúa en cada vida a través de la acción y el poder su Eterno Hijo le capacita para llevar a cabo aquello que es “*imposible para los hombres*” (Mateo 19:26) (i.e. caminar en la acción del amor transformador de Dios), a la vez que también le capacita para trabajar en unión a

<sup>1</sup> A menos que sea notado, todas las referencias bíblicas provienen de la *Nueva Versión Internacional*.

<sup>2</sup> Jack Jackson, *Offering Christ: John Wesley's Evangelistic Vision* (Nashville: Kingswood Books, 2017), 99.

<sup>3</sup> John Wesley, *The Works of John Wesley*, vol. 5, *Sermons*, vol. 1, 24:298.

la acción de su poder ya que el verdadero cristiano viene a ser constituido “*colaborador*” en el proceso de la salvación junto con él (2 Corintios 6:1-2).<sup>4</sup> Entonces, concluye Wesley, es necesario que el creyente “*pelee la buena batalla de la fe*” y haga suyo el llamado a vivir una vida plena (1 Timoteo 6:12), agonice por “*entrar por la puerta estrecha*” (Matthew 7:13) del servicio y la obediencia a Jesús, niegue su propia comodidad y privilegio para tomar la cruz de Jesucristo “*cada día*” (Lucas 9:23) y así ir en pos del “*llamado de Dios*” (2 Pedro 1:10) de cumplir con los requerimientos de la religión perfecta y sin mancha.

Theodore Runyon puntualiza que en la interpretación wesleyana la religión no puede ser vista o entendida como el medio de escape utilizado por la humanidad para alcanzar un plano celestial más tolerable. Por el contrario, Wesley presenta la religión en términos de una “*empresa redentora*” con miras a establecer una nueva creación en la base de “*la fe que actúa mediante el amor*” (Gálatas 5:6), trayendo así “*santidad y felicidad a toda la tierra*”.<sup>5</sup> Por consiguiente, su insistencia en procurar la defensa de los inalienables derechos humanos de todos los miembros constitutivos de la sociedad inglesa, su labor entre los miembros más pobres y vulnerables de la Inglaterra del siglo XVIII, su insistencia en la igualdad de derechos de la mujer en la iglesia y en la sociedad en unión a su énfasis en la mayordomía cristiana responsable como medio de provisión para satisfacer las necesidades y así poder extirpar los ubicuos males sociales deben ser vistos e interpretados como elementos fundamentales para la edificación de esta nueva sociedad centrada en la búsqueda de una expresión perfecta de la religión modelada y requerida por Cristo.

*La verdadera religión es aquella que se expresa a través de nuestras buenas obras*

En su sermón número siete, sermón titulado “*The Way to the Kingdom*” (i.e. El camino al reino), Wesley explica que la naturaleza de la religión no está constituida por las formas de culto o adoración, ni por los rituales y ceremonias y liturgias instituidas por las diferentes denominaciones cristianas, ni mucho menos por las acciones externas que puedan llevar a cabo los hombres y las mujeres de fe. Más bien, subraya Wesley, la verdadera religión está relacionada con aquella transformación profunda que reside “*en lo escondido del corazón humano*” y que se manifiesta en acciones físicas conducentes a demostrar el amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús a través de aquellas obras que se ocupan en mostrar el verdadero camino a la salvación y a la transformación.<sup>6</sup> Esto implica que la expresión física de la transformación que Cristo ha efectuado en nuestros corazones se tiene que ver exteriorizada en una manifestación religiosa verdadera que busca eliminar los vicios, la inmoralidad, la injusticia y el pecado mediante la implantación de las buenas obras prescritas por las Sagradas Escrituras y modeladas por Jesucristo.

Dentro de la interpretación cristológica wesleyana, el llamado cristiano a la justicia, a la bondad y a la humildad es el “*imperativo ético*” de fidelidad y santidad que debe impulsar a todos los siervos de Jesucristo hacia una “*incontenible devoción por las obras de bondad y misericordia*” y hacia una “*sincera participación en los esfuerzos colectivos para aliviar las*

<sup>4</sup> Ibid., vol. 2, 85:513.

<sup>5</sup> Theodore Runyon, *The New Creation: John Wesley's Theology Today* (Nashville: Abingdon Press, 1998), 168.

<sup>6</sup> Wesley, *The Works*, vol. 5, *Sermons*, vol. 1, 7:78.

*necesidades y el sufrimiento*” de nuestros congéneres.<sup>7</sup> En realidad, esta es la expresión física del llamado a una obediencia radical a Cristo que fluye del corazón del verdadero creyente en términos de buenas obras (i.e. de acciones concretas conducentes a una genuina transformación religiosa y social), ya que éstas son parte integral de la identidad del verdadero siervo o sierva de Dios. Coincidiendo con el mandato escritural, Wesley nos recuerda que Dios convoca a todo cristiano a una obediencia sin reservas y a una respuesta marcada por la fidelidad que le impulse a colaborar con Cristo en el establecimiento de la verdadera justicia y equidad para toda la humanidad.<sup>8</sup> En otras palabras, el verdadero creyente se ve obligado a participar en el proceso de transformar la sociedad mediante las obras establecidas por Jesucristo, ya que una fe que no puede ser demostrada a través de obras tangibles de justicia y de misericordia es una fe inservible o una fe muerta (Santiago 2:26).

Utilizando las palabras escritas por el salmista en el Salmo 85:10—11, Wesley expone que la religión verdadera es aquella que se ocupa en encarnar la redención y la salvación efectuada por Jesucristo en la cruz del calvario mediante la práctica enérgica y definitiva de los elementos de la justicia social y de la paz. Wesley reseña que la religión verdadera es aquella que se ocupa en procurar el cese de toda guerra y hostilidad, en evitar todo derramamiento de sangre, en detener la destrucción, en erradicar toda extorción y todo tratamiento injusto dirigido hacia los pobres, en extirpar el robo y el latrocinio y en detener todas las manifestaciones (patentes y latentes) de la injusticia en la sociedad.<sup>9</sup> En la base de estas aseveraciones, la verdadera religión (i.e. aquella expresión verdadera de fidelidad y obediencia al llamado de Cristo) es aquella que se actualiza en una manifestación de justicia que hace brotar la verdad “de la tierra” y que “asomará la justicia” celestial de una forma tangible aquí en nuestro contexto social presente (Salmo 85:11). Wesley continúa explicando que, en la sombra de esta justicia instaurada por Jesucristo, la tierra deja de estar colmada de “habitaciones crueles”, ya que Dios ha destruido la maldad de los hombres y ahora se encuentran llenos de la paz y del gozo alcanzado mediante la fe en Jesús, el Hijo de Dios.<sup>10</sup>

Wesley estaba convencido de que el ministerio cristiano genuino (i.e. la expresión física de la verdadera religión) debía ser expresado a través de las buenas obras realizadas en el nombre de Jesucristo, a través de obras que atendieran todas las necesidades del ser humano de una forma integral y de expresiones que exhorten a todos los cristianos a imitar este tipo de expresión santa.<sup>11</sup> En la base de la necesidad de un ministerio que atendiera todos los aspectos de la vida del ser humano, Wesley estableció un sistema religioso que integraba la doctrina, la teología y la praxis cristiana para así responder efectivamente al llamado divino de transformar la humanidad mediante el mensaje de Jesucristo. Es por esto que las sociedades wesleyanas y los demás grupos interconectados del metodismo del siglo XVIII se concentraban en la práctica de hacer el bien “tanto en palabras como en obras”, procuraban ser sensibles a las necesidades y las circunstancias de su prójimo, pregonaban un mensaje que “anunciaba el juicio” divino en contra

---

<sup>7</sup> Paul A. Mickey, *Essentials of Wesleyan Theology: A Contemporary Affirmation* (Grand Rapids: The Francis and Taylor Publishing House, 1980), 159.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 159-160.

<sup>9</sup> Wesley, *The Works*, vol. 5, *Sermons*, vol. 1, 4:46.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 4:46-48.

<sup>11</sup> Charles Yrigoyen Jr. and Ruth A. Daugherty, *John Wesley: Holiness of Heart & Life* (Nashville: Abingdon Press, 1996), 102.

de la maldad y la injusticia a la vez que “traía esperanza y sanidad”, practicaban la buena mayordomía de todos los recursos y servían a la sociedad mediante la gracia y la misericordia instaurados por Jesucristo.<sup>12</sup>

Aunque Wesley predicaba que la salvación no se obtiene mediante la práctica constante de las buenas obras ya que ésta se obtiene solamente por gracia mediante la fe en el perfecto Hijo de Dios (Efesios 2:8-9), éstas vienen a convertirse en manifestaciones tangibles de una fe verdadera y fructífera y en demostraciones físicas de la devoción, la obediencia y el servicio del creyente, ya que la fe verdadera “está llena de buenas obras” y procura “hacer el bien a todo hombre” como una demostración visible de la transformación que Cristo ha operado en las vidas de aquellos que se acercan a Dios por medio de la fe en Jesús, el Cristo.<sup>13</sup> En su antología literaria de las obras de Wesley, en una cita directa del tratado titulado “*Love of Man*” (i.e. Amar al hombre), Alice Russie expone que el autor del metodismo consideraba que el verdadero seguidor de Jesucristo es aquel que demuestra un celo constante y activo en hacer el bien, aquel que “abrazaba toda oportunidad posible de hacer el bien y de prevenir, remover o minimizar la maldad”, aquel que persigue hacer el bien con todas sus fuerzas, aquel que procura ocupar su tiempo comunicando un mensaje de esperanza y paz, aquel cuyos motivos están dirigidos por el amor de Jesucristo y aquel que procura compartir la verdadera religión “con el extranjero”.<sup>14</sup> Entonces, para Wesley, la verdadera religión es aquella que se ve expresada a través de una vida de servicio cristiano que procura regocijarse con los que se regocian, sufrir con los que padecen dolor, sentir compasión por los enfermos, compartir de buena voluntad con los demás y que busca transformar definitivamente todos los estratos de la sociedad mediante el amor y el poder de Cristo.<sup>15</sup>

En sus “*Notas explicativas sobre el Nuevo Testamento*”, Wesley reseña que el nuevo nacimiento debe ser visto cómo una transformación o cambio interno “de todo pecado a toda santidad” y que este cambio se debe ver expresado en la naturaleza, actitudes y acciones del verdadero creyente que ha experimentado esta transformación.<sup>16</sup> Por consiguiente, las marcas de este nuevo nacimiento (demostradas y sustentadas en el sermón número dieciocho) deben ser evidentes en las vidas de todos aquellos que son “nacidos del Espíritu” (Juan 3:8). Wesley explica que el resultado natural de la transformación operada en la vida del creyente a través del poder y la acción de Cristo está íntimamente relacionado con amar a nuestro prójimo (i.e. a todos los “hombres”) “como a nosotros mismos” (Marcos 12:31) y con una ardiente pasión que nos impulsa a practicar la justicia en todas nuestras acciones y en toda nuestra conversación. Por consiguiente, la verdadera religión es aquella que procura que sus adeptos vivan sus vidas como una demostración tangible de la “labor de amor” instaurada por Jesucristo, que vivan en una continua obediencia a sus mandamientos y que expresen activamente la misericordia del “Padre que es misericordioso” (Lucas 6:36) y que envió a su Hijo a morir en la cruz en una verdadera encarnación de amor, de misericordia y de gracia.

---

<sup>12</sup> Ibid., 104.

<sup>13</sup> Albert C. Outler, *John Wesley* (New York: Oxford University Press, 1964), 126-131.

<sup>14</sup> Alice Russie, ed., *The Essential Works of John Wesley* (Uhrichville, Ohio: Barbour Publishing, 2011), 1307.

<sup>15</sup> Ibid., 1308.

<sup>16</sup> John Wesley, *Explanatory Notes Upon the New Testament: Fourth American Edition* (New York: J. Soule and T. Mason Publishers, 1818), 225.

*La expresión verdadera de la religión nos llama a satisfacer las necesidades de los pobres*

El 9 de abril de 1789, en su sermón número ciento catorce, sermón titulado “*The Unity of the Divine Being*” (i.e. La unidad del Ser divino), Wesley declara frente a una audiencia reunida en Irlanda en la ciudad de Dublín que la verdadera religión debe ser definida en términos de procurar y desarrollar los “temperamentos correctos hacia Dios y el hombre”.<sup>17</sup> Wesley sostiene que estos “temperamentos” se pueden resumir en dos formas: en una “gratitud” que es dirigida hacia nuestro “Creador” y “supremo Benefactor” y en una “benevolencia” que es dirigida hacia nuestro prójimo.<sup>18</sup> Claramente, estas declaraciones y estas posturas sostenidas por Wesley son un reflejo de las palabras pronunciadas por Jesús en Mateo 22:37-39; alocución donde Jesús declara que el mandamiento más importante es el de amar a Dios y procurar vivir en una dependencia completa de Él como objetivo primario y el amar a nuestro prójimo (i.e. cuidar de él y procurar satisfacer sus necesidades) como objetivo secundario o concomitante con el primero. En la base de estas declaraciones, Wesley asegura que la transformación operada por el amor de Dios manifestado a través de la obra redentora de Cristo en la vida de todo creyente le estimula a practicar las obras de amor dirigidas hacia nuestros congéneres en una actitud de humildad, en una genuina benevolencia y en gratitud hacia nuestro Creador, ya que el amor de Dios manifestado en Jesucristo nos impulsa, necesariamente, hacia el cielo por las buenas obras.

En su libro “*Good News to the Poor: John Wesley’s Evangelical Economics*”, Theodore W. Jennings insta que, a través de su preocupación por atender las necesidades físicas y económicas de los menos afortunados de la sociedad, Wesley provee un fundamento práctico que eventualmente alimenta y sostiene una praxis cristiana centrada en ministrar a las necesidades de los miembros más marginados de la sociedad inglesa y transforma, no solamente el entorno social y las vidas de éstos, sino que también transforma las vidas, los corazones y el entendimiento de aquellos que han sido comisionados por Jesucristo convirtiéndose así en “instrumentos de la misericordia divina y de la justicia”.<sup>19</sup> Siguiendo esta misma línea de pensamiento, Theodore Runyon explica que Wesley estaba convencido de que la responsabilidad de la verdadera comunidad de fe estaba inextricablemente ligada a establecer nexos de amor, de servicio y de ayuda con los pobres. Él escribe que dos siglos antes de que los proponentes de la teología de la liberación “descubrieran la opción preferencial por los pobres” en la segunda mitad del siglo XX, Wesley ya la promulgaba, la prescribía y la practicaba en unión a sus metodistas en el siglo XVIII.<sup>20</sup>

Wesley sugiere que, para ser un miembro de la verdadera Iglesia de Cristo (i.e. para ser un cristiano verdadero y, por extensión, un hijo o una hija de Dios), el creyente tiene que vivir de acuerdo con la abarcadora ley del amor divino. Esto implica que aquellos que declaran haber sido transformados por el amor y el poder de Jesucristo deben, con toda humildad y mansedumbre, cumplir con el requerimiento de sobrellevar “con paciencia” las cargas, los dolores y las necesidades de los miembros más necesitados de la sociedad (i.e. de los pobres) “en

<sup>17</sup> Wesley, *The Works*, vol. 7, *Sermons*, vol. 3, 114:269.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 114:269.

<sup>19</sup> Theodore W. Jennings Jr., *Good News to the Poor: John Wesley’s Evangelical Economics* (Nashville: Abingdon Press, 1990), 57-58.

<sup>20</sup> Runyon, *The New Creation*, 190-191.

amor”, como fue plasmado por el apóstol Pablo en Efesios 4:2. Wesley explica que esta responsabilidad conlleva el ayudar a los que están heridos o dolidos, el llorar con los afligidos, el sobrellevar las cargas de nuestros hermanos y hermanas, el aminorar sus dificultades por todos los medios posibles, el demostrar una genuina alteridad en sus penas, aflicciones y enfermedades y el esforzarnos por “levantar sus inclinadas cabezas” y por “fortaleces sus débiles rodillas” con la esperanza del mensaje del evangelio y mediante la utilización de nuestros recursos económicos.<sup>21</sup>

En su sermón número ciento dieciséis, sermón titulado “*Causes of the Inefficacy of Christianity*” (i.e. Causas de la ineficacia del cristianismo), Wesley sostiene que una de las causas principales de los problemas enfrentados por la Iglesia Anglicana del siglo XVIII estaba relacionada con la ostentosa prosperidad económica de sus laicos y clérigos, con sus excesos y lujos que rayaban en lo obscuro y pecaminoso y con su consecuente reticencia en atender las necesidades de los pobres, aun cuando sus miembros constitutivos contaban con los recursos suficientes para atender éstas necesidades fácilmente.<sup>22</sup> Wesley sugiere que, aunque les parezca increíble a estas personas insensibles, el precedente bíblico demuestra que la responsabilidad de la Iglesia está ligada con el suplir y atender las necesidades de los menos afortunados en su entorno. En su interpretación, el libro de los Hechos demuestra que la Iglesia Primitiva enfocaba su atención y sus esfuerzos en suplir las necesidades de todos de manera tal que ninguno carecía de nada ya que ésta distribuía sus recursos a “cada uno de acuerdo a sus necesidades” (Hechos 4:35).

Wesley estaba tan convencido de esta verdad que, tanto en sus escritos como en su predicación, hablaba regularmente en contra de los peligros asociados con las riquezas y con la preocupación desmedida por la obtención de bienes materiales y en contra de los excesos en la vestimenta y en la alimentación, a la vez que exhortaba a todos hacia el buen uso de sus recursos y hacia una mayordomía responsable de aquello que Dios había puesto en sus manos. A través de muchos de sus escritos vemos que Wesley estaba convencido de que el creyente no podía darse el lujo de cubrir su cuerpo con vestidos ostentosos ni de despilfarrar sus recursos en alimentos exquisitos cuando existía tanta necesidad en su entorno social. De acuerdo con su interpretación, el permitirse estos lujos era simplemente robarle a Dios y a los pobres, ya que la verdadera religión (i.e. la expresión tangible demostrada por los verdaderos creyentes) se tiene que ver expresada en una preocupación y acción santa encaminada hacia aliviar las necesidades de nuestros hermanos. A estos efectos, Wesley escribe:

Dad a Dios, no una décima parte, ni una tercera parte, ni la mitad, sino todo lo que le pertenece a Dios, ya sea mucho o poco; al emplearlo todo en ti mismo, en quienes habitan en tu casa, en tu familia de la fe, y en toda la humanidad, hazlo de tal manera que puedas dar un buen informe de tu mayordomía cuando ya no puedas ser más mayordomo; hazlo como lo dictan los oráculos de Dios, tanto en preceptos generales como particulares. De tal manera que cualquier cosa que hagas sea ofrenda y sacrificio a Dios de olor fragante. Y cada acto sea recompensado en aquel día cuando el Señor venga con todos sus santos.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> Wesley, *The Works*, vol. 6, *Sermons*, vol. 2, 74:399.

<sup>22</sup> *Ibid.*, vol. 7, *Sermons*, vol. 3, 116:285-286.

<sup>23</sup> *Ibid.*, vol. 6, *Sermons*, vol. 2, 50:135.

En otras palabras, cada persona es responsable de rendir a Dios aquello que es propio, y lo que es propio es el servir a toda la humanidad como una expresión física de la transformación que Cristo ha operado en nuestros corazones. Por consiguiente, la verdadera religión requiere que vivamos en una continua obediencia a los oráculos divinos, que amemos a nuestros semejantes como una expresión de nuestro servicio y culto racional a Cristo y que nos convirtamos en mayordomos responsables de los recursos que él ha puesto en nuestras manos mediante nuestro amor y servicio a los pobres.

*Establecer un cristianismo de encarnación es nuestra responsabilidad*

Un análisis sencillo de los primeros capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles claramente demuestra que la Iglesia Primitiva veía su responsabilidad cristiana en términos de proveer un sistema religioso que emulara los postulados instaurados por Jesucristo. Por esta razón encontramos el establecimiento de una comunidad donde la alteridad y la comunión eran parte integral de sus actividades diarias (Hechos 2:42), donde existía una unanimidad de dirección y de provisión (Hechos 2:44), donde no existían las necesidades porque los bienes no eran sostenidos como individuales o exclusivos sino que eran vistos como elementos propios de la vida comunitaria (Hechos 2:45), donde el pan y la comida eran compartidos con alegría y generosidad con todos los miembros constitutivos de esta sociedad (Hechos 2:46), donde no existía la avaricia ni la búsqueda desmedida de posesiones porque todo era compartido con la comunidad (Hechos 4:32) y donde Jesucristo era el ente aglutinador que impulsaba a los más afortunados a despojarse de todo lo que poseían en una muestra tangible de amor en beneficio de sus hermanos menos afortunados (Hechos 4:33-35).

Wesley entendía que el ejemplo demostrado por la Iglesia Primitiva era el ejemplo que la iglesia de la Inglaterra del siglo XVIII debía seguir, ya que la necesidad de encarnar el amor, la misericordia y la gracia de Cristo continuaba siendo relevante y necesaria en la complicada y penosa realidad social de sus tiempos. Aunque no existía ningún mandamiento específico que requiriera o demandara la venta de las posesiones materiales para satisfacer las necesidades de aquellos que se encontraban en su entorno social, eso fue lo que los cristianos de la Iglesia Primitiva hicieron debido a que ellos no necesitaban que nadie les dijera que esta era la respuesta apropiada a las patentes necesidades de sus hermanos. ¿Por qué? Wesley sostiene que la transformación efectuada por Cristo en las vidas de los primeros cristianos resultó en que éstos no necesitaran un mandamiento externo ya que “el mandamiento había sido escrito en sus corazones” y naturalmente se veía expresado en una encarnación del “nivel de amor que ellos gozaban” en Cristo.<sup>24</sup> Por consiguiente, Wesley explica que de la misma forma en que el poder transformador de Cristo se encontraba activo en las vidas de los primeros cristianos, nosotros también estamos llamado a emular estas expresiones de su amor por toda la humanidad y de su misericordia extendida sobre toda la obra de sus manos.

En su sermón número noventa y nueve, sermón titulado “*The Reward of the Righteous*” (i.e. La recompensa de los justos), Wesley expone que la encarnación de la presencia, el poder, la gracia y el amor de Cristo debe ser entendida como el verdadero principio sobre el cual la perfecta religión debe ser edificada ya que esta dinámica de encarnación (i.e. el hacer tangible la

---

<sup>24</sup> Ibid., 61:256.

presencia de Cristo mediante la práctica continua de las buenas obras) es “la parte más sublime del edificio espiritual del cual Jesucristo es el fundamento” y la más sublime de “todas las gracias cristianas” que es propiamente expresada a través del “directo... amor de nuestro prójimo” (1 Corintios 13).<sup>25</sup> El sistema o método diseñado y establecido por Wesley fue efectivo en encarnar la gracia y el amor de Cristo ya que el mismo contenía una respuesta integral a “las condiciones personales y sociales” presentes en el contexto ministerial wesleyano.<sup>26</sup> Henderson establece que la respuesta wesleyana a los ubicuos problemas presentes en la sociedad buscaba encarnar ciertos principios básicos que eran baluartes en la praxis instaurada por Wesley como instrumento para efectuar una verdadera transformación tanto social como religiosa. Entre estos principios de encarnación sostenidos por Wesley y que deben ser emulados por la Iglesia de Cristo encontramos los siguientes: reconocer que la naturaleza humana puede ser perfeccionada a través de la gracia divina actualizada en Jesucristo y mediada por su Iglesia, aprender a hacer la voluntad de Dios en todo tiempo, entender que la humanidad puede ser perfeccionada mediante la participación en grupos diseñados con el fin de modelar los temperamentos cristianos, reconocer que el espíritu y la práctica del cristianismo primitivo pueden y deben ser recapturados, aprender que el progreso humano ocurrirá cuando ayudemos a las personas a participar activamente de los medios de gracia, entender que el Evangelio debe ser presentado a los pobres, reconocer que los males sociales no pueden ser resistidos o tolerados sino que deben ser vencidos mediante el bien, saber que la función primaria del liderazgo espiritual es el equipar a otros para que dirijan y ministren a las necesidades de los demás, etc.<sup>27</sup>

Ahora, para Wesley, el encarnar el amor y la presencia de Cristo no se circunscribe solamente a proveer alimento y vestido o a atender las necesidades de los que están enfermos o se encuentran en prisión. Wesley puntualiza que el verdadero cristiano también está llamado a “administrar ayuda de un tipo más excelente” mediante el cumplimiento de su responsabilidad de atender las necesidades y deseos espirituales de su prójimo.<sup>28</sup> Estas responsabilidades se ven cumplidas cuando procuramos activamente instruir a nuestros hermanos en los rudimentos o los “primeros principios de religión”, cuando nos esforzamos por que entiendan el “peligro” de la condición en la que se encuentran viviendo “bajo la ira y la maldición de Dios” a causa de su pecado y cuando los dirigimos proactivamente hacia Jesucristo quien es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).<sup>29</sup> En otras palabras, nosotros cumplimos con la responsabilidad de encarnar a Cristo cuando procuramos diversas oportunidades de consolar a los que padecen dolor y a los que sufren bajo el peso del pecado y la injusticia, cuando procuramos oportunidades para fortalecer las mentes de aquellos que han estado encadenados por patrones erróneos y perversos de pensamiento, cuando procuramos oportunidades para vivificar a aquellos que se encuentran trabajados y cargados por las presiones cotidianas de este mundo, cuando procuramos edificar a aquellos que han comenzado a caminar en la fe y cuando procuramos alentar a todos a que “avancen hacia la madurez” (Hebreos 6:1) y la santidad que se sólo se encuentra en Cristo.

<sup>25</sup> Ibid., vol. 7, *Sermons*, vol. 3, 99:130-131.

<sup>26</sup> D. Michael Henderson, *A Model for Making Disciples: John Wesley's Class Meeting* (Nappanee, Indiana: Francis Asbury Press, 1997), 127.

<sup>27</sup> Ibid., 128-129.

<sup>28</sup> Wesley, *The Works*, vol. 7, *Sermons*, vol. 3, 98:120.

<sup>29</sup> Ibid., 98:120.



Wesley afirma que este amor de Dios manifestado y actualizado en la vida del creyente a través del poder y la acción de Cristo le debe impulsar naturalmente hacia la práctica de lo que él denomina como obras de piedad (i.e. la práctica de las disciplinas espirituales que llevan al creyente a una mayor profundidad espiritual mediante la oración, la lectura de las Escrituras y la participación frecuente de todos los medios de gracia); acción que naturalmente provoca en el creyente una mayor medida de amor dirigida hacia su prójimo, la que a su vez debe impulsarlo hacia la práctica de las obras de misericordia (i.e. atender las necesidades tanto físicas como espirituales de nuestro prójimo). Por consiguiente, en la base de estas aseveraciones, la Iglesia de Cristo debe estar inclinada hacia la práctica proactiva de encarnar a Cristo mediante las buenas obras que satisfagan las necesidades presentes en su entorno social (i.e. alimentar al hambriento, vestir al desnudo, atender a los enfermos, cuidar de los huérfanos y las viudas, etc.) ya que no hay mayor gozo en este mundo que el “gozo de practicar la bondad” de Cristo en las vidas de aquellos que necesitan experimentar su amor y la transformación que sólo él puede efectuar.<sup>30</sup>

Resulta evidente que uno de los énfasis primarios de Wesley se encontraba en establecer una praxis de amor cristiano centrada en la encarnación de un Cristo que desea cambiar radicalmente las vidas de todos los seres humanos y los injustos sistemas sociales y económicos que han sido instaurados por hombres que siguen motivos egoístas y de maldad instaurados por una multiplicidad de manifestaciones subyacentes de pecado a través de la presentación de un Evangelio que procura la transformación del individuo y de su entorno social. Utilizando las Sagradas Escrituras, Wesley demuestra que el deseo de Dios se encuentra anclado en la acción regeneradora, salvadora y transformadora de Cristo manifestada y actualizada en las vidas de los hombres y mujeres que componen la manifestación visible del cuerpo místico de Cristo aquí en la tierra. En otras palabras, Wesley sostiene que los verdaderos cristianos están llamados a delinear y a establecer sistemas que busquen encarnar proactivamente el amor, la gracia, la misericordia y la transformación mediada por Cristo para así inaugurar una nueva manifestación física del eterno reino de Dios aquí en la tierra. Por consiguiente, de una forma real la Iglesia de Cristo tiene una responsabilidad de encarnar la presencia y el poder de Cristo a través de sus motivos, de sus palabras y de sus acciones para así poder fomentar y establecer una transformación radical y sustentable en nuestra sociedad.

### *Conclusión*

Las palabras pronunciadas por el autor de la Epístola Universal de Santiago nos ayudan a recordar la importancia de establecer una praxis ministerial que no solamente se enfoque en atender los aspectos espirituales necesarios para cumplir con una presentación fiel del evangelio de Jesucristo. Más allá de esto, sus suaves palabras resuenan ensordecedoramente al establecer que una fe que se enfoca en atender exclusivamente los aspectos espirituales necesarios para ser partícipes de la salvación obtenida por Jesucristo en la cruz del Calvario es una fe que no tiene poder para operar una verdadera salvación y transformación, ya que una fe que no impulsa al creyente hacia las “buenas obras” que provocan, encarnan y sostienen una verdadera transformación social sustentable es una fe muerta (Santiago 2:14-17). Santiago establece que el no atender y el ignorar las necesidades físicas de nuestros congéneres que se encuentran

---

<sup>30</sup> Ibid., vol. 6, *Sermons*, vol. 2, 84:500.

desnudos o en necesidad del sustento de cada día (Santiago 2:15) escudados bajo el subterfugio de la oración y de los buenos deseos, es simplemente incompatible con el deseo divino y con la transformación que Cristo ha operado en las vidas de aquellos que se acercan a él por medio de la fe (Santiago 2:16). De una manera asombrosa, el mensaje transmitido por el autor de esta epístola encapsula la exhortación wesleyana de una presentación evangelística que procure encarnar esta misma presencia transformadora de Cristo esbozada por Santiago.

Sin ambages, Wesley procuraba demostrar que el mandamiento de Jesús de amar a Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas y de manifestar ese amor de una manera tangible amando a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37-38) es un elemento necesario en la vida de la Iglesia (i.e. en la vida de todo creyente) ya que, de acuerdo a las declaraciones instauradas a través de la literatura joánica, el amor dirigido hacia nuestros congéneres es la expresión y demostración fehaciente de nuestro amor a Dios (1 Juan 4:7, 1 Juan 4:8, 1 Juan 4:20, etc.). Por lo tanto, Wesley concluye que es necesario que cada creyente se convierta en un verdadero amante de la humanidad, en cumplimiento cabal del ejemplo de Jesucristo. En la interpretación wesleyana, el amar a nuestro prójimo está íntimamente relacionado con una disposición santa que nos lleve a participar en la lucha en contra de las injusticias presentes en este mundo, a participar de las buenas obras (i.e. tanto obras de piedad como obras de misericordia) prescritas por Jesucristo y enumeradas en las Sagradas Escrituras y a procurar establecer una transformación social sustentable mediante la conversión religiosa del individuo, de la familia, de la comunidad y eventualmente de toda la nación consignada a través del poder y la acción de Cristo.

Resulta interesante notar que, a pesar de vivir en una sociedad donde la corrupción, la violencia, el odio, el discrimen, la falta de alteridad y todas las demás permutaciones deleznales del pecado eran la orden del día, Wesley sostenía que la única solución viable a estos ubicuos males sociales se encontraba en el establecimiento de una sociedad donde la justicia divina, donde la posibilidad de una transformación plena a través de la acción salvífica de Cristo, donde el amor hacia nuestros semejantes y donde el compartir generosamente los recursos otorgados por Dios deben convertirse en el elemento central de la vida en obediencia al supremo ejemplo de Jesucristo. En la base de estas aseveraciones, podemos determinar que el hacer el bien (i.e. obedecer el imperativo de Jesucristo), entonces se constituye en la manifestación y expresión de una comunidad que ha sido transformada radicalmente por el amor y la acción salvadora y regeneradora de Cristo. Es por esta razón que las sociedades y grupos interconectados del metodismo organizados por Wesley entendían su responsabilidad primaria en términos de hacer el bien, de ser instrumentos de la misericordia y del amor divino, de cumplir con la voluntad divina y de permitir que la luz de la salvación de Cristo brillase diáfananamente en medio de ellos. Por consiguiente, en adición a hacer el bien mediante la práctica constante de las obras de misericordia, el verdadero creyente también ha sido comisionado a convertirse en vocero del evangelio de Jesucristo, ya que éste es el único medio instaurado por Dios para cambiar las vidas de los seres humanos y así traer una transformación social sustentable.

Entonces, se hace necesario reconocer que hemos sido comisionados a convertirnos en una comunidad de fe (i.e. una comunidad cristiana) que esté dispuesta a cumplir con el mandato y ordenamiento divino de ser sal y luz (Mateo 5:13-16), de satisfacer las necesidades de nuestros congéneres y de ser ejemplos del amor divino como una demostración palpable de la

transformación que Cristo ha efectuado en sus vidas. De la misma forma en que Cristo no consideró su igualdad de condición con Dios como un impedimento para entregar su vida como el sacrificio perfecto conducente a la salvación de la humanidad (Filipenses 2:6-11), Wesley invita a la comunidad cristiana a rechazar las comodidades y los privilegios de su posición económica y social, a invertir sus recursos económicos en atender las necesidades presentes en su entorno social y a demostrar el cambio operado en sus vidas por Cristo a través de la acción de su Santo Espíritu mediante la práctica continua de acciones externas de amor.

De acuerdo con Wesley, la exhortación bíblica de “hacer el bien a todos” según tengamos la oportunidad (Gálatas 6:10), debe convertirse en la motivación que impulse a todo creyente a buscar por todos los medios el establecimiento de sistemas y ministerios que procuren satisfacer las necesidades de aquellos que sufren en nuestro entorno, ya que de esta forma cumplimos con el ordenamiento de Jesucristo.<sup>31</sup> ¿Cuál es este ordenamiento? Wesley sostiene que el ordenamiento de Jesucristo está relacionado con amar a nuestro prójimo, con mostrarle nuestra compasión y solidaridad en su dolor, con atender las necesidades de los huérfanos, con consolar a las viudas en su aflicción, con preocuparnos tiernamente por aquellos que sufren todo tipo de aflicción y con mezclar nuestras lágrimas compasivas con aquellos que lloran bajo el peso de las injusticias y los ubicuos pecados de este mundo.<sup>32</sup> Realmente, esta vívida descripción instaurada por Wesley nos demuestra tangiblemente como debe ser el ministerio (i.e. la acción redentora) de una comunidad de fe que busque encarnar el amor, la gracia y la misericordia de Cristo. Creo que queda meridianamente claro que, para Wesley, la expresión perfecta de la religión estaba centrada en establecer una praxis cristiana que encarnara la presencia y el amor de Jesús como medio indiscutible de transformar la sociedad. Esta encarnación cristiana se ve actualizada a través de la práctica constante de las buenas obras y de la exposición del mensaje del Cristo que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido, mediante el establecimiento de sistemas que busquen servir y restaurar las vidas de aquellos que sufren en nuestra sociedad y mediante el cumplimiento cabal de nuestra responsabilidad cristiana de convertirnos en defensores de los indefensos y en protectores de los débiles mediante la actualización del amor de Cristo.

### *Bibliografía*

- Henderson, D. Michael. *A Model for Making Disciples: John Wesley's Class Meeting*. Nappanee, Indiana: Francis Asbury Press, 1997.
- Jackson, Jack. *Offering Christ: John Wesley's Evangelistic Vision*. Nashville: Kingswood Books, 2017.
- Jennings, Theodore W., Jr. *Good News to the Poor: John Wesley's Evangelical Economics*. Nashville: Abingdon Press, 1990.
- Mickey, Paul A. *Essentials of Wesleyan Theology: A Contemporary Affirmation*. Grand Rapids: The Francis Asbury Press of Zondervan Publishing House, 1980.

---

<sup>31</sup> Ibid., vol. 7, *Sermons*, vol. 3, 87:10.

<sup>32</sup> Ibid., Vol. 6, *Sermons* vol. 2, 84:500.

Outler, Albert C. *John Wesley*. New York: Oxford University Press, 1964.

Runyon, Theodore. *The New Creation: John Wesley's Theology Today*. Nashville: Abingdon Press, 1998.

Russie, Alice, ed. *The Essential Works of John Wesley*. Uhrichsville, Ohio: Barbour Publishing, 2011.

Wesley, John. *Explanatory Notes upon the New Testament: Fourth American Edition*. New York: J. Soule and T. Mason Publishers, 1818.

Wesley, John. *The Works of John Wesley. Volume 5-7, Sermons. Vol. 1-3. 3 ed.* Grand Rapids: Baker Books, 1996.

Yrigoyen, Charles Jr. and Ruth A. Daugherty. *John Wesley: Holiness of Heart & Life*. Nashville: Abingdon Press, 1996.